

# Lección Inaugural

**Para la Solemne Apertura del Curso Académico 2022-2023**

**Conservatorio Superior de Música de Badajoz "Bonifacio Gil"  
Conservatorio Profesional de Música de Badajoz "Juan Vázquez"**

**Badajoz, jueves 27 de octubre de 2022**

*Francisco Javier Comesaña:  
Ser músico ayer, hoy, siempre*

Sr. Diputado del Área de Cultura y Deportes de la Diputación de Badajoz, que hoy nos acoge en este Salón Noble tan precioso para esta ocasión solemne, Sr. Coordinador de Actividades de ambos Conservatorios Pacenses, Sra. Directora del Conservatorio Superior de Música de Badajoz "Bonifacio Gil", Sra. Directora del Conservatorio Profesional de Música de Badajoz "Juan Vázquez", miembros de los equipos directivos de ambos Conservatorios, queridas compañeras profesoras y queridos compañeros profesores de los Claustros de ambos Conservatorios, queridas alumnas, queridos alumnos, amigas y amigos:

Buenos días.

Hoy es para mí un gran honor compartir con todas y todos vosotros esta ocasión solemne, vuestra Apertura del Curso Académico 2022-2023, y leer en ella su Lección Inaugural, a la que con tanta amabilidad y tanto cariño he tenido la suerte de ser invitada por la directora de vuestro Conservatorio Superior, Charo Mayoral. La historia de esta invitación es a la vez simple y está llena de ternura: En octubre del año pasado, la Joven Orquesta Nacional de España, la JONDE, que tengo el privilegio de dirigir artísticamente desde marzo del año 2020, vino aquí a Badajoz a realizar su Encuentro de Otoño. Este Encuentro fue el fruto de la ilusión y el empeño iniciales de una persona, Esteban Morales, maravilloso percusionista, ex miembro de la JONDE y actual gerente de la Orquesta de Extremadura, que extendió reiteradamente su invitación a que la JONDE realizara un Encuentro en el Palacio de Congresos y Auditorio de Badajoz, sabedor de que era el sitio perfecto para desarrollar un Encuentro con éxito (¡qué razón tenía!), cosa nada fácil teniendo en cuenta las múltiples necesidades que tiene un proyecto de la envergadura y particularidad de la JONDE. Entre ellas, contar con suficientes y adecuadas salas para poder hacer los necesarios ensayos parciales y seccionales, antes de juntarse toda la Orquesta en los ensayos de tutti.

Y aquí es donde, para poder ensayar de forma óptima, acudimos pidiendo ayuda al Conservatorio Superior de Badajoz, que nos abrió sus puertas con una generosidad y una paciencia inmensas, y nos brindó un apoyo sin fisuras, que contribuyó de forma decisiva al éxito del trabajo de esos días.

Las y los que somos algo mayores, sabemos ya que la vida, a veces, también depara sorpresas maravillosas e inesperadas, que se quedan con una en el recuerdo para siempre. La primera de estas sorpresas me la deparó el Palacio de Congresos y Auditorio de Badajoz, que no solo me pareció arquitectónicamente impresionante, sino que me conmocionó por su historia, desconocida para mí. El hecho de que una antigua plaza de toros, en la que sucedió una de las peores masacres de la guerra civil española, hubiera sido transformada con un proyecto espectacular y llevada a una nueva vida como lugar de encuentro y espacio de conocimiento y cultura en general, y como sala de conciertos y sede de una orquesta sinfónica en particular, me emocionó profundamente, emoción inevitable siendo como soy la nieta violinista de un republicano exiliado en México durante 32 años. Pero el segundo regalo que me hizo la vida en Badajoz, sucedió al día siguiente, cuando me acerqué al Conservatorio Superior para saludar personalmente a su equipo directivo y agradecerles su apoyo y que nos hubieran abierto su casa para los ensayos de esos primeros días. En ese momento no encontré a Charo, pero sí a Jerónimo Gordillo, su Jefe de Estudios, que tras saludarme con cariño, me preguntó: *“tú eres hija de Francisco Comesaña, ¿verdad?”*- Aunque esto me pasa con cierta frecuencia, en ese momento fue una sorpresa, y más aun lo que vino después: *“es que tu padre fue profesor mío cuando yo era un niño y empecé a estudiar música, y lo tengo presente de forma imborrable, sus clases me acompañan hasta hoy, su forma de ser, lo que nos enseñó, la actitud que nos obligaba a tener ante la música, el aprecio e interés sincero con el que nos trataba, aun siendo niños. Sin duda fue una de las personas más importantes de mi vida, y una de las que contribuyó de forma decisiva a que yo quisiera ser músico”*. Jerónimo recordó cómo, allá por los principios de los años 80 del pasado siglo, mi padre llegaba en coche a Badajoz desde Madrid dos fines de semana al mes, conduciendo él mismo por esas carreteras nacionales de entonces, y haciendo esos viajes sin faltar a ninguno de ellos a pesar de lo intenso y apretado de su vida profesional, para dar clase de violín, música de cámara y conjunto instrumental a un grupo de niñas y niños que lo esperaba deseando que llegara ese fin de semana para pasarlo entero aprendiendo y haciendo música con él.

Una conoce a su padre, y conoce su vida, y ha tenido la suerte de escuchar testimonios como éste en numerosas ocasiones, y sin embargo, cada testimonio es único, limpia la rutina de ruido para poner el foco en todo lo que es importante y valioso, y en todo lo que merece la pena cultivar y proteger. Así, y tras un Encuentro de la JONDE en Badajoz

que fue muy feliz y lleno de éxito en todos los sentidos, donde cultivamos y protegimos todo eso que nos parece importante y valioso en la música, su educación y su vivencia, me sentí muy honrada cuando Charo me invitó para estar hoy aquí con vosotras y con vosotros, y me propuso que dedicara esta Lección Inaugural a la figura de mi padre.

Mi padre, Francisco Javier Comesaña Concheiro, nació en 1944 en La Habana, Cuba. Fue hijo de un relevante dirigente comunista gallego de la época. Mi abuelo paterno tenía 23 años el día que fue apresado inmediatamente tras el golpe militar del 18 de julio de 1936. Fue condenado a muerte en un juicio sumarísimo, y tras pasar 7 años preso en varias cárceles franquistas salvó su vida por haber nacido en su día en Cuba, país que lo reclamó al gobierno español como ciudadano cubano. Esto consiguió que su pena de muerte fuera conmutada por la de cadena perpetua, y la de cadena perpetua por el exilio. Mi abuelo paterno fue el único de su grupo de amigos y compañeros de la Facultad de Medicina de la Universidad de Santiago de Compostela que no murió fusilado, circunstancia que lo acompañó siempre y que le hizo adoptar como propósito vital vivir para seguir luchando sin descanso por sus ideales de comunidad y sociedad y para dedicar su vida a los demás. Mis abuelos abandonaron juntos España en noviembre de 1943 y mi abuela, que estaba en el primer trimestre de embarazo de mi padre, atravesó así el Océano Atlántico en invierno, en plena 2ª Guerra Mundial, con las aguas infestadas de submarinos nazis y aliados que libraban en el mar su propia batalla, y que ponían en peligro diario y real a todos los barcos que intentaban alcanzar el Continente americano para huir de las guerras de Europa.

Esta historia familiar, por otro lado tan frecuente en la España y en la Europa del siglo pasado, marcó profundamente la personalidad de mi padre, como no podía ser de otra manera. A los pocos meses de su llegada a Cuba, y con mi padre recién nacido, mis abuelos fueron invitados por el gobierno de México a instalarse en ese país, cosa que hicieron a finales de 1944, y que tenía todo el sentido si uno piensa que el verdadero exilio español, el político y cultural, estaba en México. Por una casualidad, mi padre bajó de la escalerilla del avión que lo llevó a México siendo un bebé en brazos de nada más y nada menos que Jorge Negrete, que amablemente ayudó a mi guapísima abuela, que volaba sola con su hijo de pocos meses, a bajar del avión. A Negrete, que estaba en la cumbre de su carrera y de su fama, lo esperaba toda la prensa rosa a su regreso de una extensa gira de conciertos por varios países latinoamericanos, con lo que, al día siguiente de su llegada a México mi padre estuvo en todas las portadas de la prensa del corazón, que se preguntaba quiénes eran la guapa mujer y el bebé que habían bajado del avión de la mano del famosísimo cantante.

Mi padre creció en México D. F., hoy Ciudad de México, en ese ecosistema político y cultural único que configuró el exilio español y latinoamericano de esos años, donde personalidades como Gabriel García Márquez, León Felipe, José Giral, Max Aub, Luis Buñuel o Julián Grimau padrino de mi padre y conocido como “el último represaliado del régimen franquista”, eran amigos y asiduos de nuestra casa. Fue orgulloso alumno del Colegio Madrid y del Instituto Luis Vives, instituciones educativas fundadas por los propios exiliados, y donde ellos mismos daban clase a todas sus hijas e hijos, educándolos en el valor de la adquisición del conocimiento y en los valores modernos,

humanistas y democráticos, que convirtieron a estos centros en referentes educativos que perduran hasta hoy.

Y es así como ese niño sensible, inteligente e intelectual, políticamente consciente desde su infancia, que crecía influenciado por la historia familiar y por todo lo que de excepcional tenía la vida de sus padres, en un momento dado, ya con 12 años, y sin que nadie supiera la razón, pidió apuntarse al conservatorio para aprender a tocar el violín. Y lo que en un principio iba a ser una actividad cultural más se convirtió enseguida en una pasión, una identidad y un proyecto vital. Mi padre empezó a tocar el violín y a estudiar música muy tarde, a los 13 años, pero supo desde el primer momento que eso era a lo que quería dedicar su vida. Y aunque desde el principio tuvo el apoyo incondicional de su padre, durante muchos años tuvo que convivir y luchar contra el enorme disgusto y la contrariedad de su madre, que tenía la idea de que la única salida profesional de un violinista era ser mariachi, idea que mi abuela no abandonó hasta que mi padre empezó a tener éxito profesional como músico clásico muchos años después, un ámbito este, la música clásica, hasta entonces desconocido en su casa.

De esta manera, la adolescencia y primera juventud de mi padre, a quién después toda su vida llamaron Francis, o ya aquí en España Paco Comesaña, transcurrió entre el Instituto, en el que cada vez vivió más de rentas, y el Conservatorio Nacional de México, donde pasaba todas las horas posibles entre clases teóricas de música y el estudio del instrumento, ya que desde siempre fue consciente de la desventaja de haber empezado a tocar el violín a una edad que ya entonces se consideraba tardía e inevitablemente plagada de dificultades añadidas y de limitaciones. A esta vida añadió, tras finalizar el bachillerato en el Luis Vives, estudios universitarios de Filosofía y un gran activismo político y social en la Universidad Autónoma de México, donde fue un líder universitario en los albores de la revolución estudiantil y el así llamado "Movimiento de 1968 en México".

Pero toda esta vida dio un giro de 180 grados y terminó sin miramientos un día de la primavera de 1968, cuando mi padre supo que le había sido concedida una beca completa (6 años de formación) en el lugar que fue durante la segunda mitad del siglo XX y seguía siendo en ese momento la meca indiscutible de la música clásica: el Conservatorio P. Ilich Tchaikovsky de Moscú. Mi padre tenía en este momento los mismos 23 años que había tenido el suyo el día que perdió su libertad años atrás, y su vida también daba un vuelco al albur de una revolución, pero esta vez, al contrario que en el pasado, el vuelco era inmensamente feliz. Poder estudiar en Moscú como alumno extranjero en esos años de Unión Soviética, guerra fría y telón de acero era un sueño hecho realidad, era una quimera que parecía imposible que pudiera llegar a materializarse.

Pero se materializó, y Francis atravesó el mundo y aterrizó en Moscú en septiembre de 1968, para estudiar violín con su profesor soñado, el legendario violinista ruso-soviético Igor Bezrodny. Estudiar en esos años en Moscú era vivir en el asombro constante, y nunca salir de él. Por los pasillos uno se encontraba con los más grandes músicos de toda una era, en este caso como profesores de

la Institución: allí daban clase de su especialidad instrumental los violinistas David Oistrach, Leonid Kogan, Yuri Yankelevich, o el propio Igor Bezrodny, allí eran profesores los cellistas Mstislav Rostropovich, Natalia Shakhovskaya o Natalia Gutmann, o el pianistas Dmitri Bashkirov. Sviatoslav Richter o Emil Gielels estaban presentes de forma constante en la vida del Conservatorio. Dmitri Shostakovitch encabezaba el departamento de composición, donde también era profesor y el Cuarteto Borodin o el Cuarteto Beethoven eran los profesores de música de cámara. Pero no sólo el claustro de profesores era asombroso, es que además en esos años, los compañeros y amigos con los que Francis coincidió y forjó amistades para toda la vida se llamaban Gidon Kremer, Vladimir Spivakov, Viktor Tretiakov, Zahar Bron, Yuri Bashmet, Radu Lupu, Elisabeth Leonskaya, David Geringas, Jaqueline Du Pré... Fueron unos años inmensamente felices, que Francis recordó siempre como los más decisivos de su vida, tanto personal como profesionalmente, y que culminaron con su graduación con las máximas calificaciones y honor posible, el grado académico de *"Magister de Artes"* que obtuvo en junio de 1974. Mi padre tenía 30 años, y tomó la siguiente decisión más relevante de su vida, que fue regresar a España para construir su futuro aquí.

Había heredado de su propio padre la llamada "morriña" gallega, esa nostalgia por la tierra propia, incluso, en su caso, sin haberla conocido ni vivido nunca. Desde niño había decidido sentirse español, y de hecho rechazó la nacionalidad mexicana a su mayoría de edad, porque decidió en su corazón y siempre tuvo claro que él era español, y que quería volver a España, que su tierra y su país eran este y que es aquí donde quería estar y vivir su vida. Obviamente, esto era una postura romántica, fruto de su historia familiar. Pero Francis era así, tan sentimental como inteligente. En 1974 la historia de nuestro país estaba cambiando, la muerte del dictador Franco se veía cercana y con ella, se vislumbraba la posibilidad de un cambio político y social en España. Las estrellas se alinearon y mi padre conoció en un concierto en Moscú al director de orquesta español Enrique García Asensio, entonces titular de la Orquesta Sinfónica de la Radio y Televisión Españolas, la OSRTVE. Enrique invitó a Francis a presentarse a las inminentes pruebas para entrar en la Orquesta. Mi padre voló a Madrid, lo hizo, ganó, y así, materializó la otra quimera de su vida, volver aquí, y por la puerta grande.

Así que en agosto de 1974, Francis Comesaña empezó en Madrid una nueva vida con el firme propósito de hacer de ella un lugar arraigado y permanente tanto para él, como para su familia. Mi padre se había enamorado de mi madre, la violinista ruso-judía Polina Kotliarskaya, a las dos semanas de aterrizar en Moscú. Palina era una estrella, una niña prodigio criada en la escuela Stoliarsky de Odessa, donde había vivido sola desde los 11 años en aras de fomentar su talento musical. Una violinista maravillosa, premiada y reconocida desde su adolescencia, de una personalidad brillantísima, un rayo de luz y una fuerza de la naturaleza. Mis padres se casaron en Moscú siendo estudiantes en 1970, y yo, su primogénita, nací en Kiev en 1972. Así mi padre contaba

que, cuando llegamos a Madrid en agosto del 74, aterrizó con 30 años, una mujer de 27, una hija de dos años y medio, dos violines y 150 USD.

La llegada a España de dos músicos como mis padres inevitablemente fue conocida y llamó la atención de los círculos y personalidades musicales del país, relativamente reducidos y centralizados en esos años. Simplemente, por las circunstancias y la historia reciente española, eran una rareza, pero además, su calidad como músicos les abrió a ambos enseguida las puertas necesarias para empezar a construir sus carreras como ambos deseaban. Y obviamente, lo que ambos deseaban era poder tocar. Mi padre dijo siempre que tuvieron mucha suerte, que los mejores músicos de este país les acogieron con los brazos abiertos y se convirtieron en amigos cercanos, y que les abrieron las puertas a sentirse en casa y les ayudaron a construir la vida profesional con la que ambos soñaban.

Mi padre asumió su plaza tutti en la Orquesta de RTVE, pero enseguida pasó a ser ayuda de concertino, puesto que ocupó ya siempre hasta su jubilación de este conjunto sinfónico 27 años después. Esta posición le permitió tocar recurrentemente como solista, tanto con su orquesta como con otras, en España y en Portugal, México, Rusia y Canadá. Así, pudo realizar estrenos en España del concierto nº 2 para violín y orquesta de Dmitri Shostakovitch, y de la sonata del mismo autor para violín y piano. Otros estrenos relevantes incluyeron los conciertos para violín y orquesta nº 3 y nº 4 de Alfred Schnittke, el *Offertorium* para violín y orquesta de Sofía Gubaidulina, y el concierto para flauta y sexteto de cuerdas de Cristóbal Halffter. Además, mis padres juntos formaron dos de las agrupaciones que fueron más relevantes y reconocidas en el panorama musical español a lo largo de los siguientes 25 años. El Dúo de Violines Kotliarskaya-Comesaña, y el Cuarteto Hispánico-Numen se convirtieron en agrupaciones de referencia, tocando conciertos y llevando música de todas las épocas y estilos a prácticamente todas las salas relevantes pero también a los rincones más apartados de la geografía española. Tanto con el Dúo como con el Cuarteto, mis padres fueron firmes en su apuesta por la difusión de la música contemporánea. Realizaron estrenos absolutos y en España de prácticamente todos los compositores contemporáneos relevantes españoles y extranjeros del momento, y tocaron y realizaron a lo largo de todos esos años un extenso catálogo de grabaciones para RNE, en el que se incluyen obras de Halffter, Marco, Turina, Barce, Berio, Schnittke, Peterson, Saeverud, Bleuse, Martínez-Fontana, Fernández Guerra, Pich-Santasusana, Alís, Samperio, y muchos otros.

Así que, a su vida profesional en la Orquesta, mi padre sumó una agenda real y constante durante 25 años de alrededor de entre 30 y 40 conciertos al año tanto con el Cuarteto como con el Dúo. Además, su avidez intelectual y musical le hizo interesarse ya a finales de los años 70 por esa nueva corriente que abogaba por la interpretación histórica de la música barroca. En verano de 1980, y para asombro de su familia, Francis se marchó a Noruega durante un mes para hacer un curso de violín barroco con Jaap

Schroeder, que le maravilló, y así su fascinación por la práctica historicista se quedó para siempre con él, para horror absoluto de mi madre, que como buena violinista ruso-soviética de su generación no aguanta el "la" a 415 ni la sonoridad y ni la estética musicales resultantes. Pero a mi padre este amor por el violín barroco le hizo hacer hueco en su intensísima vida artística para interpretar ese repertorio de forma habitual en agrupaciones como el Ensemble "Zarabanda", del que también fue miembro estable durante más de 20 años, y emprender ese camino de revisión de la interpretación y enseñanza del repertorio barroco para violín (Bach, Vivaldi, Haendel, Corelli, Telemann, Tartini, Locatelli, Veracini, Geminiani) que entonces fue visionaria y que hoy en día es una realidad natural de nuestro tiempo y nuestra cultura musical.

Recapitulando hasta aquí, mi padre desplegó una capacidad y una energía extraordinarias para desarrollar su profesión en su faceta como intérprete de forma admirable en todas sus vertientes posibles: como solista, como músico de orquesta, como músico de cámara en agrupaciones estables y con carrera, como músico barroco, y como un gran valedor de la música contemporánea. Pero para él, todo esto no habría tenido valor si no hubiera sido porque fue siempre de la mano con su ininterrumpida dedicación en cuerpo y alma y a lo largo de toda su vida a la pedagogía, porque como todas y todos nosotros sabemos, la esencia de nuestra profesión es aprender a tocar y dominar lo mejor posible ese instrumento que nos llamó tanto la atención de niños, y cuando lo dominamos, es para tocar junto con otras y con otros, y después para transmitir de forma cada vez única ese conocimiento y esa riqueza a las generaciones que vienen detrás y que nos necesitan para aprender eso que ya sabemos, y que piden aprender, y que sólo es posible transmitir de yo a tú.

Francis creía profundamente en el ser humano, y creía profundamente en la educación. Creía que nos convierte en nuestra mejor versión como personas, creía en su capacidad de hacernos más poderosos, más fuertes, y más libres, y en su poder para transformar toda realidad externa a través de la transformación interior de la persona que se educa. Por supuesto, también pensaba que no hay nada más bello y más eficaz que educar en la música, ya que la propia naturaleza de la materia obliga a enfrentar y adquirir el bagaje más complejo y enriquecedor al que un ser humano puede aspirar.

Desde su llegada a España, mis padres comenzaron de forma inmediata su labor pedagógica. Durante muchos años la desarrollaron en academias privadas, porque la organización de las enseñanzas musicales de ámbito público en la España de entonces era incompatible con poder ofrecer a sus alumnos la formación que deseaban darles, y que estaba en consonancia con su propio camino y bagaje. Pero en 1984, la Comunidad de Madrid atendió la propuesta de Francis de crear un conservatorio de música completamente diferente. Un conservatorio donde hubiera que hacer prueba de acceso para entrar, donde la prioridad la tuvieran las y los niños de corta edad para empezar a estudiar un instrumento, donde se adecuara el instrumento elegido a la capacidad individual de cada niña y de cada niño, y a su interés, donde alumnos adultos y niños no compartieran espacios ni tiempos formativos, donde los profesores tuvieran un número de alumnos que les permitiera darles por lo menos una hora de clase a la semana, donde las clases teóricas fueran realmente de calidad extraordinaria y adecuadas para

la edad de las niñas y los niños que estudiaban allí, donde hacer muchas audiciones a lo largo del curso fuera normal y deseable, donde el coro, la práctica de cámara y el conjunto instrumental tuvieran un sitio prioritario, y donde todo apuntara desde el principio a dar a las y los alumnos una formación que les permitiera estar preparadas y preparados de forma indudable para un futuro camino profesional de alto nivel, si así lo elegían.

Así nació el Conservatorio de Música "Padre Antonio Soler" en San Lorenzo de El Escorial, hoy Centro Integrado de Música, y así se convirtió en un centro pionero en España y en un modelo de enseñanza que paulatinamente permeó y se copió en todo el sistema educativo musical español. Como fundadores del centro, Francis y Palina continuaron su labor pedagógica durante casi 30 años más, y cuando la Comunidad de Madrid creó un segundo centro a imagen de este primer modelo innovador que tanto éxito demostró tener de forma inmediata, mi padre culminó su trayectoria pedagógica en ese segundo centro, el madrileño Conservatorio de Ferraz, hoy llamado "Adolfo Salazar", en honor de ese compositor y musicólogo español también exiliado en México.

El fruto de esta labor pedagógica somos dos hijas (una violinista, y otra, mi única hermana Irina, violoncellista), y una legión de alumnas y alumnos a los que Francis y Palina hicieron violinistas, y músicos. También son legión las personas que tuvieron contacto profesional y personal con ellos y atesoran su recuerdo y su ejemplo como un referente inagotable. Testimonios como el de Gerónimo se repiten de forma recurrente, y son el testigo más hermoso y atemporal de esa entrega, y de esta ambición, fe y dedicación de Francis a la pedagogía. Entre nosotras y nosotros hay, como pasa con las y los alumnos de todos los buenos profesores, muchas y muchos que han hecho trayectorias profesionales relevantes. No creo que haga falta hoy aquí decir nombres o presumir de carreras. Pero hay algo que sí es importante mencionar, y es, que si nuestro éxito tiene alguna relevancia, ésta radica en que hemos alcanzado terrenos artísticos y profesionales que nos permiten seguir pasando esos valores y esa forma de estar en la vida que ellos nos transmitieron; y desde esos ámbitos, a diario los cultivamos y seguimos educando en ellos, para que esos valores y esa forma de ser sigan siendo identitarios y consustanciales a ser músico.

Aunque sea brevemente, no quiero dejar de mencionar que, en coherencia con sus ideales, y por petición expresa de Sir Yehudi Menuhin, Francis puso en pie en España a mediados de los años 90 del pasado siglo la sección española de la E.S.T.A., la European String Teachers Association- la Asociación Europea de Profesores de Instrumentos de Cuerda, en un intento de acercar el ámbito pedagógico español a Europa, y ofrecer a las y los docentes de nuestro país un espacio de acercamiento, enriquecimiento y debate, como herramientas para una mejora constante del espacio educativo musical español.

En definitiva, y a pesar de su muerte a destiempo en 2011 a los 66 años, como hija orgullosa pero también como músico, creo que es justificado decir que, con su trabajo y entrega incansables, Francisco Comesaña hizo una aportación valiosa a la música en nuestro país.



Pero si hoy he venido aquí para hablaros de mi padre, es porque en realidad, quiero usar su recuerdo para hablar de lo que significa ser músico, y porque me parece que su vida y su trayectoria profesional son un ejemplo atemporal de lo que significa ser músico, ya que ser músico que no es sólo una profesión; es una identidad, una esencia y una forma de estar en el mundo. Y hoy en día, esa forma de ser es más necesaria que nunca, tanto desde un punto de vista individual como desde un punto de vista colectivo.

Pensad por un momento en vosotras y vosotros mismos, y en todas las cualidades personales que eran necesarias y que habéis encontrado y desarrollado dentro de vosotras y vosotros para convertirlos en músicos y llegar hasta hoy y hasta aquí. Si os paráis a pensarlo, es asombroso. El camino que ya habéis hecho es asombroso, y sois admirables por él. Pensad en todas esas cualidades, sin las que este camino jamás hubiera sido posible.

Vamos a nombrarlas: la ilusión, la confianza ciega que depositasteis en vuestros profesores y la autoestima cuando ellas y ellos depositaron su confianza en vosotras y vosotros. Vuestro afán de aprender, la firmeza de vuestro propósito y vuestro inmenso esfuerzo y compromiso a lo largo de vuestra infancia y adolescencia. La pasión por el camino musical escogido. Vuestra entrega a la necesaria tarea impuesta a lo largo de los años. La capacidad de sacrificio; la temprana madurez para avanzar como instrumentistas y músicos. La capacidad de superación. La flexibilidad y el trabajo enorme de atender a vuestra educación general a la vez que a la musical, de forma brillante en tantos y tantos casos. Después, la capacidad de asumir la dificultad del camino elegido y aun así optar por él, a una edad muy temprana. La alegría y la constancia necesarias para estudiar todos los días, siempre y sin apenas descanso. La humildad necesaria para enfrentar el fracaso y las dudas, y resolver ambos con más dedicación y fuerzas renovadas siempre. Y ahora, el tesón y la conciencia de que nuestra profesión es compartir y darse a las y los demás con paciencia y generosidad. La valentía para buscar vuestro camino. Por no hablar de que el hecho artístico ahonda en el ser humano como ninguna otra disciplina, nos explica quiénes somos, da respuestas allí donde el resto del saber humano no es capaz de llegar. Y somos nosotras y nosotros músicos, los que tenemos esa llave, para entendernos y también para proteger nuestra naturaleza humana de la enorme agresión que para el ser humano supone la tecnologización de nuestras vidas.

La sociedad actual necesita muchas personas que cuenten con esas cualidades. Necesitamos inteligencia emocional e intelectual, resiliencia, refugio y respuestas. Necesitamos trabajo y dedicación incansables. Necesitamos solidaridad, empatía y generosidad de forma colectiva. Necesitamos cultura. Necesitamos más que nunca todo lo que sois de forma natural, porque vuestra dedicación a la música así lo ha moldeado. Personas que puedan desplegar, compartir y transmitir a los demás todas esas cualidades, porque nos y os ha tocado vivir un fin de ciclo y ahora toca construir una nueva realidad.

Nuestro mundo, vuestro mundo se ha tornado terriblemente complicado a lo largo de estos últimos años. Todas y todos nosotros somos conscientes de las dificultades

enormes a las que os enfrentáis las y los jóvenes de hoy: un mundo políticamente inestable y ecológicamente en verdadero peligro, una sociedad cada vez más compleja y que cada vez parece menos garantista de una vida en paz, plena y feliz, y además una realidad laboral difícil en nuestro ámbito, donde cada vez sois más las y los músicos de gran nivel profesional que la profesión simplemente no puede absorber para ofrecer a todas y todos vosotros una vida laboral reglada. Pero no nos vamos a dejar entristecer.

Supongo que la pasión y el tesón son premisas necesarias en muchas profesiones, pero desde luego aquí vuelven a ser fundamentales. Apoyaos en ellas y no dejéis jamás que os alcance el desánimo. Pensad en mi padre, y en todos esos ejemplos de personas que todas y todos conocemos que son como fue él. Paraos a pensar en cuán extraordinarias y extraordinarios sois, y en que todas vuestras cualidades os ayudarán a construir vuestra carrera y vuestra vida con éxito. Pensad que ser músico hoy es el contrapeso indispensable a la sociedad de la información y la tecnología, y que nos aporta todo aquello de lo que ésta carece y lo que hace peligrar: humanismo, profundidad, serenidad, ejemplos de caminos a largo plazo. Generosidad, afán, paciencia. Vuestro amor por la música y vuestra elección de dedicar vuestras vidas a ella supone su pervivencia como espacio humano que llega a lo que no se puede decir con palabras. Guardar y depositar en otros seres humanos que vienen detrás todo eso está ya en vuestras manos.

Yo os animo, nos animo a todas y todos nosotros, y sobre todo, a las y los alumnos de música de los dos Conservatorios cuyo curso académico inauguramos hoy, a ser Francis Comesaña. Os animo a preservar intacto vuestro amor por la música a pesar de cualquier dificultad, vuestro amor por el instrumento escogido, por vuestra batuta o vuestro papel pautado. Os animo a luchar por vuestro camino sin desfallecer nunca. También a luchar, pero siempre de forma inteligente y coherente, por todo lo que creáis que es justo y necesario abordar y cambiar. Os animo a que penséis que cosas maravillosas son posibles, y que os van a suceder. Os animo a construir realidades nuevas partiendo de la nada, y a crecer en ellas, para vosotras y vosotros mismos y para enriquecer todo y a todas y todos los que os rodean. Haciendo esto, la vida y el desempeño profesional adquieren una verdadera dimensión y un auténtico valor. No os animo a dar ejemplo, os animo a ser ejemplo simplemente con vuestras vidas.

Os animo a tejer juntas y juntos estándares y valores humanos que os sostengan para siempre. Esto último la música lo pone fácil, porque la única manera de vivir y mantenerse como músico es no abandonando nunca esos valores: el tesón, la entrega, la empatía, la humildad para integrarse siempre en un colectivo que es más que una o uno mismo, el rigor, la generosidad para con los demás, sean colegas o alumnos, la paciencia, la resiliencia. La dedicación. La limpieza interior. Y os animo a hacerlo juntas y juntos, Si os dais cuenta, aquí en este salón hoy estamos todas y todos los que pasaremos juntos nuestra vida profesional, aquí está toda la amistad, el apoyo, la guía, la solidaridad que vais a necesitar para vuestra vida. Aquí están vuestras y vuestros

futuros compañeros y colegas, y vuestras y vuestros amigos. Empezad hoy a construir esa realidad con la que soñáis, y que sólo podrá ser si la hacéis todas y todos juntos desde un proyecto común.

En cada músico que ama su profesión pervive de forma natural la esencia de la persona que fue mi padre.

Hoy mismo, aquí mismo, hay muchas y muchos que sois y seréis Francis Comesaña.

Muchas gracias.

Ana F. Comesaña Kotliarskaya

Madrid, 2022